

Había una vez un niño llamado Pablo que vivía en un pequeño pueblo llamado Esperanza. Aunque Pablo tenía un corazón amable, a menudo se comportaba mal y desobedecía a sus padres. Sus padres le advertían una y otra vez que debía cambiar su actitud, pero él no les hacía caso. No escuchaba, se enojaba con facilidad y a menudo decía palabras hirientes.

Pablo también esperaba con ansias la Navidad, como todos los niños. Le encantaba la idea de recibir regalos, pero en su corazón, esperaba algo más. Este año, había pedido un tren de juguete, pero sabía que había sido un niño travieso. Se sentía inquieto, sin embargo, y pensó en cómo podría cambiar su actitud antes de Navidad.

A medida que se acercaba la fecha, Pablo decidió emprender un viaje hacia la mejora de sí mismo. Empezó a ayudar a sus padres con las tareas de la casa, a cuidar de su pequeña hermana y a ser amable con los demás niños en la escuela. Pero sabía que no podía cambiar de la noche a la mañana, así que continuó esforzándose por ser mejor todos los días.

La víspera de Navidad, Pablo ayudó a sus padres a decorar el árbol y preparó galletas para Papá Noel. Su mamá le sonrió y le dio las gracias por su esfuerzo. Por primera vez en mucho tiempo, Pablo sintió la cálida aprobación de sus padres.

Después de la cena, mientras sus padres lo ayudaban a prepararse para la cama, Pablo les dijo:

—Papá, mamá, sé que he sido un niño malo, pero he estado tratando de cambiar. No espero recibir el tren de juguete que pedí este año, pero quiero que sepáis que realmente estoy tratando de ser un niño mejor.

Sus padres lo abrazaron con cariño y le dijeron que apreciaban su esfuerzo por cambiar. Le recordaron que el verdadero espíritu de la Navidad se trataba de la bondad y el amor hacia los demás.

Pablo se acostó en su cama, contemplando las estrellas desde su ventana. Había una sensación de paz en su corazón que nunca había experimentado antes. Aunque había sido un niño travieso, el arrepentimiento y el deseo de cambiar lo habían transformado en algo más.

Cuando el reloj marcó la medianoche, pablo se quedó dormido, pero su sueño fue interrumpido por un ruido suave en la sala de estar. Se levantó sigilosamente y se acercó a la puerta de su habitación.

Para su asombro, vio a un hombre vestido de rojo y blanco, que colocaba regalos bajo el árbol. Era Papá Noel. Pablo se quedó sin aliento y entró en la sala de estar.

Papá Noel se volvió hacia él con una sonrisa amable.

—¡Hola, Pablo! —saludó—. Veo que has estado haciendo esfuerzos por ser un buen niño. Eso es admirable.

Pablo asintió y, tímidamente, le dijo:

—Sí, Papá Noel, he estado tratando de cambiar. Sé que no merezco ningún regalo este año, pero quería hacerlo bien.

Papá Noel se acercó y puso una mano en su hombro.

—El arrepentimiento y el deseo de cambiar son dos de las cosas más valiosas que una persona puede tener, Pablo. Puedes que hayas sido travieso en el pasado, pero la Navidad es una época de segundas oportunidades.

Luego, Papá Noel le dio a Pablo el tren de juguete que había pedido y le dijo:

—Recuerda, este tren es un símbolo de tu esfuerzo por ser un niño mejor. Pero más importante aún, recuerda que siempre puedes elegir el camino del bien.

Pablo estaba abrumado por la generosidad de Papá Noel. Lo abrazó y le agradeció el regalo. Se sentía afortunado de haber tenido la oportunidad de cambiar y de haber recibido una segunda oportunidad.

A partir de esa Navidad, Pablo se convirtió en un niño amable, comprensivo y lleno de amor. Aprendió que el verdadero espíritu de la Navidad no se trataba solo de recibir regalos, sino de dar amor y bondad a los demás. Y aunque había comenzado como un niño travieso, la Navidad lo transformó en un niño bueno y amable que siempre llevaría consigo la lección que había aprendido aquella noche.

El regalo más grande que había recibido en Navidad no fue el tren de juguete, sino la oportunidad de cambiar y convertirse en una mejor versión de sí mismo.

Y ese regalo, se dio cuenta Pablo, era el más valioso de todos los que había recibido en Navidad.